

MARTÍNEZ DE NAVARRETE, FRAY MANUEL DE (1768-1809)

POESÍA VARIADA

INDICE:

LA MAÑANA
LETRILLA
JUGUETILLOS A CLORILA
EL CENTLONTLI
DEL AMOR
AL VOLUNTARIO CAUTIVERIO DEL AMOR
ASPAVIENTOS DE UN MUCHACHO, A VISTA DE DOS MIL PESOS,
QUE UN POBRE NEGRO GANÓ EN LA LOTERIA
DESPEDIDA
MIS CENSORES

LA MAÑANA

Ya se asoma la cándida mañana
con su rostro apacible: el horizonte
se baña de una luz resplandeciente,
que hace brillar la cara de los cielos.

Huyen como azoradas las tinieblas
a la parte contraria. Nuestro globo,
que estaba al parecer como suspenso
por la pesada mano de la noche,
sobre sus firmes ejes me parece
que le siento rodar. En un instante
se derrama el placer por todo el mundo.

¡Agradable espectáculo! ¿Qué pecho
no se siente agitado, si contempla
la milagrosa luz del almo día?
Ya comienza a volar el aire fresco,
y a sus vitales soplos se restauran
todos los seres que hermocean la tierra.
El ámbar de las flores ya se exhala
y suaviza la atmósfera; las plantas
reviven todos en el verde valle,
con el jugo sutil que les discurre
por sus secretas delicadas venas.
Alegre la feraz naturaleza
se levanta risueña y agradable
parece, cuando empieza su ejercicio,
que una mano invisible la despierta.
Retumban los collados con las votes

de las cantoras inocentes aves;
susurran las frondosas arboledas,
y el arroyuelo brinca, y mueve un ronco
pero alegre murmullo entre las piedras.

¡Qué horas tan saludables en el campo
son estas de la luz madrugadora,
que los lánguidos miembros vigorizan,
y que malogran en mullidos lechos
los pálidos y entecos ciudadanos!
¡Todo excita en el alma un placer vivo,
que con secreto impulso la levanta
a grandes y sublimes pensamientos.
Todo lleva el carácter estampado
de su hacedor eterno. Allá a su modo,
parecen alabar todos los entes
la mano liberal que los produce.
Todo se pone en pronto movimiento;
cada cual de los simples habitantes
comienza su ejercicio con el día.
Tras su manada de corderas blancas
Leda la pastorcilla se entretiene,
tejiendo una guirnalda, que matiza
de varias flores para su alba frente.
El vaquero gobierna su ganado,
que se dilata en el hermoso ejido.
El labrador robusto se dispone
para el cultivo del terreno fértil.

Voyme al sembrado que la providencia
con su invisible diestra me señala
sufiré el sol ardiente, pero alegre
con los frutos sazones y abundantes
que los surcos me den que beneficio.
Apagado el bochorno de la tarde,
me volveré a mi choza apetecible,
morada de la paz y de los gustos,
donde mi esposa dulce ya me espera
con sus brazos abiertos; mis hijitos,
después de recibirme con mil fiestas,
penderán de mi cuello; ciertamente
que vendré a ser entonces como el árbol
de que cuelgan racimos los más dulces.
¿Y he de trocar entonces mi cabaña,
aunque estrecha y humilde, por el grande
y soberbio palacio, donde brilla
como el sol en su espera un señor rico,
pisando alfombras con relieves de oro?
Nada menos. Tampoco este instrumento,
este instrumento rústico y grosero,
bienhechor, que me da lo necesario
en todas las urgencias de mi vida,
por el cetro brillante que un monarca
empuña con su diestra poderosa.

No cabe el gozo dentro de mi pecho,

ni de alabar me canso en la mañana
al padre universal de las criaturas,
que miro en esa luz madrugadora,
sin dejarlo de ver en las restantes
producciones tan grandes de su seno.
¡Oh, cuántas! ¡Cuáles son! ¡Y qué admirables!
Pero ninguna como el alba hermosa,
que parece que a todos les da vida,
enviándoles la luz de su semblante.
¡Oh, risa de los cielos, y alegría
de estos campos felices, precursora
de los rayos del sol, yo te saludo!
Las frescas sombras, las campiñas verdes,
las fuentes claras, los favonios blandos,
las aves dulces y las flores tiernas,
te saludan también allá a su modo.
Su faz hermosa la naturaleza
sacar parece del sepulcro ahora;
todos sus entes cobran nueva vida
a tu presencia dulce y agradable.
Corren las fieras a sus cuevas hondas,
brincan las cabras, los corderos balan,
llaman las vacas a sus becerrillos,
muguen los todos, y responde el eco
que sale de los montes retumbando.
Los pastorcillos y las zagalejas
sonoros himnos canten al eterno
autor que baña tu semblante hermoso
de tan alegre luz por la mañana.

LETRILLA

Derramando luces,
al oriente sale
en carro de fuego
el día más grande
día en que celebran
por estos lugares
todos los amores
La rosa del valle.

La niña preciosa
de claro linaje,
que a sus plantas
tiene la suerte brillante;
la que es por su rostro
de Venus imagen,
y por gracias muchas
La rosa del valle.

La que sus esencias
despide suaves,
llevando con ellas
tras sí los amantes;

la que es el hechizo
de las voluntades,
porque encanta a todos
La rosa del valle.

¡Oh! viva felice,
y un cerco punzante,
de mano atrevida
por siempre la guarde;
guárdela, no sea
que fuerte la arranque,
y marchita quede
La rosa del valle.

Viva, y el invierno
sus hojas no escarche;
y la primavera
ría en su semblante.
Lejos de ella todos
los tristes pesares,
pues bien to merece
La rosa del valle.

Que el amor más puro
que en estos cantares
celebra su día
gozoso y afable,
dirá en todos tiempos
y en todas edades
mil veces, que viva
La rosa del valle.

JUGUETILLOS A CLORILA

¡Arroyuelo
que caminas
a la aldea
de Clorila:

Corre, corre,
dila, dila
que la adora
la alma mía.

Este ahora
en su orilla,
tras sus blancas
corderitas,

O cortando
clavellinas
con las otras
pastorcitas,

O asomando
sus mejillas
en tus aguas
cristalinas

Corre, corre,
dila, dila
que la adora
la alma mía.

II

¡Ay, Clorila!
tus ojuelos
son imanes
de mi afecto;

Son estrellas
de tu cielo,
que me envían
dulce fuego;

Son antorchas
de amor tierno,
que se ceban
en mi pecho;

Son divinos
tus ojuelos:
son imanes
de mi afecto.

Si están tristes
son muy tiernos,
y si alegres,
muy risueños;

Si se enojan
son severos;
si acarician,
halagüeños.

Son graciosos,
son parleros,
son imanes
de mi afecto.

III

Mira, Clori,
dos amantes
inocentes
tiernas aves.

En la copa
de aquel sauce
mil cariños
ya se hacen.

Con piquitos
muy suaves
ya se inclinan
a besarse.

Mas ¡ay, Clori!
que esta imagen,
a los ojos
agradable,

El veneno
nos persuade
con instancias
amigables.

¡Ay! huyamos
de este valle,
no su incendio
nos alcance,

Y en nosotros
sea culpable
la inocencia
de las aves.

De esto, Clori,
no se hable,
que eres niña,
y esto baste.

Adiós, Clori,
que la tarde
ya me obliga
a dejarte.

IV

EL CENTLONTLI

Pajarillo
que suave
con mil voces
variantes,

Sabio riges
el volante
coro alegre
de las aves;

junta a todas,

y que alaben
en capilla
resonante,

A Clorila,
que ya sale
al paseo
de los sauces.

Con mil himnos
agradables,
que le digan
estas salves:

Salud, Ninfa
deseable
primavera
de estos valles.

El arroyo
al mirarte
entre penas
brinque y salte.

La floresta
se engalane
y su aroma
te regale.

El favonio
que lo halague
con su aliento
saludable.

Las pastoras
y zagales
ni lo envidien
ni lo manchen.

Y de Silvio
los cantares
to repitan
incesantes:

Salud, Ninfa
deseable:
primavera
de estos valles.

DEL AMOR

Que es prisión y enfermedad,
dicen del amor; yo digo,
que no quiero, Fabio amigo,
ni salud ni libertad.

AL VOLUNTARIO CAUTIVERIO DEL AMOR

Aunque por mi voluntad
mi libertad cautiva,
siempre llorando diré:
¡ay amada libertad!

Alégranse los campos
cuando se asoma
al bacón del oriente
la Blanca aurora.

Así se alegran
mis ojos cuando asomas
tu cara bella.

Cuando el sol con su manto
la noche cubre,
lloran tristes los campos
sus bellas luces
Del mismo modo
lloro cuando se ausentan
tus bellos ojos.

ASPAVIENTOS DE UN MUCHACHO, A VISTA DE DOS MIL PESOS, QUE UN POBRE NEGRO GANÓ EN LA LOTERIA

Válgate Judas,
pícaro negro,
¡de ónde sacaste
tanto dinero?

Solo robando
puedes haberlo,
porque ¿tú de ónde
tanto dinero?

¿Cuándo soñaron
ni tus abuelos
el tener junto
tanto dinero?

Lo estoy mirando,
y no lo creo.
Mira, nanita,
cuánto dinero.

DESPEDIDA

*Me voy, me aparto, me ausento:
ya to to dice mi llanto.
Te quedas; lo siento, ¡ay cuánto!*

¡Ay cuanto, mi bien, lo siento!

Glosa

Me salgo fuera de mí
al reflexionar llego
el día en que el hado falló,
que me apartase de ti;
Mas si lo dispuso así,
¿por qué resistirme intento?
¿no hay remedio? pues aliento,
adiós, adiós, alma mía,
que ya de tu compañía
me voy, me aparto, me ausento.

El amor en tal estrecho
qué hacer confuso no sabe,
y el dolor apenas cabe
en los límites del pecho.
Ejemplo de males, hecho
a los golpes del quebranto,
siento el ausentarme tanto
de tus luces refulgentes,
cuanto en idiomas corrientes
ya te lo dice mi llanto.

Adiós... mas ¡ay! ¡qué tormento!
de nuevo el miedo me asalta
me falta el valor, me falta,
para ausentarme, el aliento.
Cadáver vivo me siento;
mas ¿qué mucho? no me espanto,
si dego en ti gusto tanto,
tanto bien y tanta gloria,
que aunque vas en mi memoria,
te quedas; te siento, ¡ay cuánto!

Pero tú, ¿qué lloras? No
eclipses astros tan bellos,
que no es justo paguen ellos
lo que es fuerza sienta yo;
Mas si el amor nos unió
con su propio ligamento,
nuestro duro apartamento
es bien sientas por tu parte,
que yo también el dejarte
¡ay cuánto, mi bien, lo siento!

MIS CENSORES

(Fábula)

En las oscuras noches
los ladrones perros

turbáronme el reposo
de mi apacible lecho.

Con esto a los principios
causáronme desvelos,
hasta que con el curso
me impuse de los tiempos.

La costumbre de oírlos
llegaba a tal extremo,
que ya no me dormía
si no ladraban ellos.

Lo mismo ha de pasarme
con censores molestos
si ellos me desvelaren,
ellos me darán sueño.